

Carta a una cristiana herida

A propósito del Directorio de la Pastoral Familiar de la Iglesia en España

F. Javier Vitoria Cormenzana*

Querida Ana:

Hace poco más de cuatro semanas recibí una carta tuya que, en calidad de presidenta de *Arnasatu*¹, nos dirigías a todas las socias y socios de la asociación. El motivo era la publicación del *Directorio de Pastoral Familiar de la Iglesia en España*. Nos hacías llegar palabras doloridas y críticas hacia la Conferencia Episcopal Española. En nombre de la organización que presides afirmabas taxativamente que algunos contenidos del Directorio “no contribuyen a restablecer la justicia y los derechos que nos han sido negados históricamente a las mujeres”. Además nos adjuntabas un manifiesto de la Asociación Mujeres y Teología de Madrid, “*Hay palabras que matan*”², que apoyabais y suscribíais de manera conjunta.

1. Hablar como un ciudadano libre

Entonces te comenté mi intención de responderte con una carta abierta en IGLESIA VIVA. Reconozco que he tardado demasiado en ponerme a escribirla. Hoy, treinta de marzo, me dispongo a hacerlo con la impresión de que tanto el Directorio como la polémica suscitada por su publicación son asuntos que nos preocuparon “hace años”. La cultura mediática que nos envuelve hace que el documento episcopal se encuentre ya en el “altílo” de las cosas que se han dejado de usar. A diario la actualidad de los acontecimientos, así como su importancia y gravedad, los señala la notoriedad de su presencia en las páginas de los periódicos y en los espacios radiofónicos y televisivos. En cuanto desaparecen de ese lugar, parece como si ya no existieran. A la ciudadanía nos sucede que, como ha

1. *Arnasatu* es una Asociación de Mujeres Cristianas

2. Puede verse este documento en el APÉNDICE a este artículo

* Profesor de Teología. Universidad de Deusto. Bilbao.

escrito brillantemente Juan José Millás, "somos las personas superficiales más informadas del mundo". Paradójicamente tanta información como recibimos nos hace vivir anestesiados. Nos ofrecen las noticias de tal manera que desactivan su posible carga subversiva. El modo de conseguirlo es sencillo: tan información es la hambruna de Etiopía como la rodilla de Ronaldo o el traje de novia de Letizia, la futura reina de España. Esta vez la previsible e irremediable pérdida de visibilidad del documento episcopal se ha acelerado como consecuencia de los gravísimos atentados terroristas de Madrid, que nos tienen a todo conmocionados, y por la victoria electoral del PSOE. Así que me ha dado bastante pereza prestar de nuevo atención a un documento episcopal de más que improbable operatividad pastoral.

Si esto no te pareciese suficiente explicación de mi tardanza, puedes añadir mi convicción, compartida por muchos otros, de que los tiempos que corren no son muy propicios para hablar de la Iglesia con franqueza y obediencia. Semejante empresa se ha convertido en un asunto bastante incómodo para los cristianos en general y para los teólogos en particular. El discurso eclesial dominante acostumbra a calificar de disidente a quien simplemente discrepa y de ingenuo a todo miembro del Pueblo de Dios que no descalifique en bloque la cultura actual. Nos envuelve un clima eclesial que favorece la cosecha de obediencias aduladoras que evitan toda confrontación y ponen su intangible comodidad por encima de todas las cosas. Después, la propaganda oficial se encargará de proponerlas como si de obediencias genuinas se tratara. Las voces críticas son insistentemente invitadas a esperar el tiempo oportuno para decir su verdad sobre la Iglesia: cuando no pueda ser malentendida por los hombres de hoy ni los enemigos de la fe puedan abusar de ella. No importa que se corra el riesgo de no proclamarla jamás y de silenciarla para siempre. No son ni "los fronterizos", ni "los nómadas" que silenciosamente abandonan la Iglesia, quienes han hecho correr la voz de que la profecía no encuentra hoy en la Iglesia su verdadera patria y hogar, como dijera hace más de treinta años el actual cardenal Ratzinger. Han sido católicos y católicas que viven de manera inequívoca, confesante y dolorosa su identidad y adhesión eclesial, y que desde el interior mismo del Pueblo de Dios colaboran activa y adultamente en los programas y tareas de sus Iglesias locales. Finalmente me decido a tomar la palabra, venciendo la dificultad del temor al rechazo y tratando, como desean los obispos, de ser capaz "*de poder hablar como un ciudadano libre al que todos deben escuchar con respeto*" también en la Iglesia.

2. La sabiduría del Crucificado y la violencia que padecen las mujeres

Quiero compartir con vosotras todos los sentimientos (dolor, rabia, urgencia, indignación, tristeza, perplejidad y escándalo) con los que como cristianas y ciudadanas os habéis dirigido en vuestro manifiesto a la Conferencia Episcopal, esperando que vuestra voz sea escuchada como voz de la Iglesia de la que sois parte. Realmente no es una simplificación inaceptable la vinculación de la violencia doméstica a la "revolución sexual"

de los años 60 del siglo XX. Parece como si fuese una novedad histórica y no una constante en la historia de la humanidad. No me extraña que como mujeres y cristianas os sintáis heridas.

Además me parece inaudito que los obispos para desenmascarar "*lo infundado de los presupuestos de esta revolución*" y "*anunciar a todos el Evangelio sobre el matrimonio y la familia*" pretendan revestirse con el mismo arrojo y audacia que necesitó Pablo para predicar la cruz de Cristo (1 Cor 1, 17-25). Si nuestros obispos contemplasen la situación mundial de las mujeres a la luz del Crucificado, víctima injusta y pública de la violencia estructural de un sistema cultural y religioso autosatisfecho hasta el extremo de su autodivinización, hubieran detectado la ideología patriarcal de nuestra cultura, que busca perpetuarse como autoafirmación excluyente de la alteridad. Habrían descubierto que la violencia del mito bíblico de Caín y Abel se perpetua en ellas: "Yhaveh dijo a Caín: ¿Dónde está tu hermana? Contestó: No sé. ¿Soy yo acaso su guardián? Replicó Dios: ¿Que has hecho? Se oye la sangre de tu hermana clamar desde la tierra" (Gen 4, 9). Seguramente este desvelamiento les hubiera dado valentía para denunciar la pasividad de nuestra sociedad ante el dolor de millones de mujeres de todo el mundo, que viven en una terrible situación de violencia y discriminación.

Más aún, la sabiduría de Dios que brota de la cruz de Jesús enseña que esa ancestral réplica divina también va dirigida a la Iglesia y que le está reclamando cambios radicales en muchas de sus prácticas, comportamientos, usos y costumbres. Si la Iglesia, como dicen los obispos, quiere "dar razón de la esperanza a todo el que nos la pidiere" (1Pe 3, 15), no podrá menos de reconocer primero y desmontar después su estructura violenta de autoritarismo patriarcal, que excluye a las mujeres de "los espacios de participación" a todos los niveles, incluidos aquellos en los que se elaboran decisiones que las conciernen directamente. Encima de mi mesa tengo un documento de Camilo Maccise, ex-general de los Carmelitas Descalzos y ex-presidente de la Unión de Superiores Generales, titulado "*La violencia en la Iglesia*", en el que puede leerse algo que se comenta pos sí sólo: "Resulta incomprensible, por ejemplo, que las mujeres contemplativas no hayan sido consultadas en la preparación del documento *Verbi sponsa* sobre la clausura. Fueron varones los que legislaron para un tipo de vida que no conocen sino en teoría. Esa legislación exige de las monjas contemplativas lo que no exige de los monjes contemplativos en cuestión de permisos para excepciones a las normas establecidas. Es un ejemplo de violencia discriminatoria hacia la mujer consagrada contemplativa. Se la considera como menor de edad como en siglos pasados, incapaz de mantenerse fiel a su identidad claustral sin una vigilancia de parte de los varones".

Tengo que confesarte que, como miembro varón y presbítero de una Iglesia dirigida exclusivamente por varones, me resulta muy inquietante la lectura de la propuesta de hermenéutica bíblica feminista, que recientemente nos ha ofrecido nuestra amiga y colega Pilar de Miguel. Me desasosiega constatar nuestra responsabilidad en la invisibilidad y la violencia que sufrís las mujeres. Me aflige saber que somos responsables de un sis-

tema jurídico-religioso y político que os violenta y cuya acción llega hasta "el jardín interior de la casa", es decir, hasta la vida doméstica. Me espanta pensar que creyéndonos "guías del pueblo" hayamos podido traer la iniquidad sobre él. Me encantaría que pudierais encontrarnos y contarnos como aliados que hemos caído en cuenta de que este sistema es malo para todos.

3. El poder de Dios y la fuerza de los "lobbies" homosexuales

Seguramente es una cuestión menor, pero hay en el documento una alusión a los grupos homosexuales sobre la que me gustaría hacerte un par de comentarios Te la recuerdo. *"Silenciar esta realidad del sufrimiento de tantas personas –se refieren los obispos al de las víctimas de la violencia doméstica y de los abusos sexuales y al de los hijos sin hogar– por el recurso de la proclamación de la abundancia de unos medios materiales que nos ofrece la sociedad de consumo es una ignorancia culpable que daña gravemente la dignidad del hombre. Esto se evidencia de modo flagrante cuando los medios de comunicación y la comunidad política, en vez de escuchar los lamentos de este inmenso drama humano, hacen de altavoz a determinados grupos de presión, como por ejemplo los 'lobbies' homosexuales, que reclaman a modo de privilegio unos pretendidos 'derechos' de unos pocos, erosionando elementos muy significativos de construcción de la sociedad que afectan a todos"* (nº 13).

El primero me lo sugiere el carácter delicado y complejo de la cuestión que critica el documento de la CEE, las pretensiones e iniciativas políticas de "equiparar al matrimonio legítimo o a la familia natural, realidades que no lo son". No entraré en ella. Sí te diré que me parece razonable y políticamente correcto que quienes piensan que esa equiparación es un derecho, se organicen y formen grupos de presión para conseguirlo. ¿Acaso no lo hace la Iglesia para presionar en sentido contrario? La clave de esta cuestión estriba en garantizar que esa "fuerza" se ejercite de modo democrático, es decir, a través del debate y el intercambio público de opiniones y no del trapicheo entre poderes facticos. En este orden de cosas sería muy conveniente que la Iglesia de Jesús antes de lanzar cualquier acusación tuviera muy en cuenta sus palabras: "el que no tenga pecado que tire la primera piedra" (Jn 8, 7). La Iglesia debiera renunciar a la utilización de un lenguaje en la reivindicación de los intereses de la fe o de los de su propia institución en los que argumentos inmanentes (por ejemplo, sobre la familia, el divorcio, la escuela, la moral sexual) a la comunidad católica (y, a veces quizá, privativos de ella), sean usados como presuntamente universales, y en su supuesta universalidad como normativos para el conjunto de los ciudadanos. Este modo de proceder tiene afinidades objetivas con ciertas tendencias funcionalmente análogas al nacional-catolicismo.

Hace casi cuarenta años, cuando ejercí de profesor de religión en el mismo Instituto en el que tú impartes la misma materia, aprendí por experiencia que en el debate público es necesario utilizar argumentos de razón que puedan ser universalizables. El recurso a las verdades revela-

das ya no vale en una sociedad (en un aula o en una familia) donde reina el pluralismo. Del mismo modo que aquel recurso al argumento de autoridad del "doctores tiene la santa madre iglesia que os sabrán responder" con el que nos callaban la boca en mi adolescencia, se ha quedado fuera de juego en cualquier búsqueda democrática de la verdad. La Iglesia necesita buscarla juntamente con el mundo. Así lo expresaba durante el concilio Vaticano II, el entonces arzobispo Wojtyla: "No puede existir diálogo si la Iglesia se coloca *por encima* del mundo y no *en* el mundo. La Iglesia debe presentarse al mundo no como docente, pidiendo sólo obediencia y hablando autoritariamente, sino que más bien debe buscar *junto con el mundo* cómo encontrar la verdad: porque si no, el suyo será sólo un soliloquio".

La verdad revelada solamente tiene autoridad para la comunidad creyente. Es cierto. Pero he de confesarte que, cuando leo y escucho el elenco de errores que los documentos episcopales denuncian en nombre de *la verdad [revelada] sobre el matrimonio y la familia* me pregunto: ¿terminará ocurriendo con ellos lo mismo que con los que en relación con la democracia –un nuevo modelo de organización política, no lo olvidemos– condenó el magisterio de Gregorio XVI? No multiplicaré los ejemplos. Tú conoces bien la historia de los momentos oscuros del magisterio eclesiástico. El magisterio ordinario de los papas y de los obispos ha alzado frecuentemente su voz para desenmascarar los errores propios del tiempo y se ha equivocado suficientes veces, en asuntos de importancia y en los que hoy parecen muy evidentes las posturas contrarias. Y lo ha hecho a pesar de lenguajes y verbos muy solemnes con los que trataban de expresar su convicción y la fuerza de sus enseñanzas. ¿Todos estos datos históricos no plantean una serie de problemas teológicos que no cabe desautorizar con la apelación a una asistencia del Espíritu Santo que garantizaría la verdad del magisterio? La lectura de la obra de J. I. González Faus, "*La autoridad de la verdad*", me parece una excelente guía para buscar caminos prácticos de resolución a esos problemas que tanto sufrimiento está produciendo en la Iglesia actual.

Con el segundo quisiera señalarte algo de esa referencia que me ha afligido profundamente. Los obispos han vinculado a los homosexuales con la estrategia del silenciamiento social del sufrimiento producido por la actual situación de la familia. Me parece una referencia sencillamente desgraciada. La historia de los homosexuales ha tenido y tiene que soportar inmensos sufrimientos que no solamente se han silenciado, sino que han sido objeto de chanza y burla entre nosotros. Más aún, durante toda la dictadura franquista tuvieron que soportar la persecución y la amenaza de la cárcel bajo la ley de vagos y maleantes. La Iglesia guardó entonces un silencio cómplice. Ayer le hubiera hecho falta la valentía para defenderlos que hoy se esgrime para criticarlos. Pedirles hoy perdón por la ceguera de ayer sería la más expresiva palabra que la Iglesia podría ofrecerles hoy con el poder y la sabiduría del Dios crucificado.

Los obispos atribuyen la contradicción entre la sabiduría de nuestro tiempo y la de Dios, "*a un radical 'desconocimiento de Dios' (Rom 1, 19-*

23) *propio de un mundo pagano que ignora lo más fundamental de la vida y el destino de los hombres*". Es posible que tengan razón. Pero la Iglesia, cada vez que se atreve a juzgar los comportamientos de otros, necesita volver a leer y meditar el capítulo segundo de *Romanos*, en el que Pablo habla del pecado típico judío. A su luz tratará de discernir si su juicio es el del *profeta* o el del *judío*. El del primero está movido exclusivamente por el dolor de las víctimas y la solidaridad con ellas. Es como el de Jesús y trasparente el juicio de Dios. El del segundo está movido por su propio interés. Es como el del fariseo y usurpa el lugar de Dios.

4. Diagnóstico sociocultural y el oficio de enseñar de los Obispos

La CEE ha manifestado repetidas veces su preocupación por las transformaciones contemporáneas de la familia. Y no debe extrañarnos que planteen con urgencia la pastoral familiar. Durante siglos la familia ha sido la estructura social básica en la que la Iglesia ha afincado la fe y su transmisión de generación a generación. Esta estrategia evangelizadora y pastoral se remonta a Pablo que hizo de "la casa" (*oikos*) el centro de operaciones de su acción misionera. La conversión del *paterfamilias* conducía inexorablemente, muchas veces con dramáticas disensiones internas, a la conversión de todos los habitantes de la casa: mujeres, hijos, esclavos y siervos. Las alteraciones de la vida y la estructura familiar y la pluralidad de modelos de familia han modificado profundamente la función social de la familia en la sociedad de nuestros días y consecuentemente las posibilidades que tiene actualmente el cristianismo de mantenerla como pieza clave de su estrategia evangelizadora. El cristianismo tiene ante sí un grave problema que todos los que andamos en el trabajo pastoral conocemos y padecemos de primera mano.

La CEE tiene un diagnóstico sociocultural de lo que está pasando. "El problema de fondo es, una vez más, el olvido de Dios en una cultura en la que la simple referencia a lo divino deja de ser un elemento significativo para la vida cotidiana de los hombres y queda simplemente como una posibilidad dejada a la opción subjetiva de cada hombre. Esto construye una convivencia social *privada de valores trascendentes* y que, por consiguiente, reduce su horizonte a la mera distribución de los *bienes materiales*, dentro de un sistema de relaciones cerrado al misterio y a las preguntas últimas. En este sentido, el Magisterio de la Iglesia ha manifestado repetidas veces los peligros que emanan de este modo de ordenar la sociedad que, tras un *relativismo en lo moral*, *esconde el totalitarismo* de determinadas ideologías propugnado por aquellos que dominan los poderes fácticos. Por eso, las realidades humanas más elementales que están vinculadas a la conformación de una vida y al *sentido* de la misma quedan en muchos casos *vacías de contenido*. Así se aboca al hombre *al nihilismo* y *la desesperanza* ante el futuro que se extienden como fantasmas en todos los ambientes de la sociedad. Son un auténtico cáncer que 'aun antes de estar en contraste con las exigencias y los contenidos de la palabra de Dios, niega la humanidad del hombre y su misma identidad' (nº 9).

El diagnóstico es el mismo que se viene reiterando oficialmente en la Iglesia y se vincula a la estrategia de la Nueva Evangelización. Conoces mi opinión sobre el mismo porque la hice pública en esta misma revista hace más de una decena de años. Respeto el diagnóstico episcopal, pero no puede darse por definitivo. Se trata de una hipótesis que hoy por hoy está por verificar, y que encuentra fundadas resistencias en otros analistas y observadores de nuestra cultura dominante. La Iglesia ha tenido y tiene graves dificultades para asimilar los efectos de las nuevas condiciones culturales. Su diagnóstico le llevará a proponer otra cultura, la de la fe, de la que ella misma sería el alma. A partir de aquí se ha establecido toda una estrategia evangelizadora entorno a la cual se pretende que se agrupen todas las fuerzas eclesiales.

Pero ahora me preocupa que tal y como se presenta este diagnóstico parece que fuese vinculante para los creyentes. Hay que decir con toda claridad que los análisis y diagnósticos sociales y culturales no forman parte del Evangelio que los obispos han de anunciar y enseñar. Cuando los ofrecen a la comunidad cristiana son muy respetables y atendibles, pero no pueden pretender que se reciban como palabra de maestros auténticos y herederos de la autoridad de Cristo, "que predicán al pueblo que les ha sido encomendado la fe que ha de creerse y ha de aplicarse a la vida, la ilustran con la luz del Espíritu Santo, extrayendo del tesoro de la Revelación las cosas nuevas y las cosas viejas (Mt, 13,52), la hacen fructificar y con vigilancia apartan de la grey los errores que la amenazan (2 Tim, 4,1-4)" (LG 25). La pretensión de obligar a la inteligencia y al amor de los miembros del Pueblo de Dios a tener ese lenguaje como norma sería un abuso de poder que, como recordaba Simone Weil, no procede de Dios, sino de la tendencia natural de toda colectividad, sin excepción, a los abusos de poder.

5. El Evangelio del matrimonio y la familia

Voy a concluir esta carta compartiendo contigo algunas reflexiones que me ha suscitado el capítulo I del *Directorio* que recoge la parte doctrinal del documento, que, dicho sea de pasada, me parece un ejemplo de la "lengua de gueto", prácticamente ininteligible, en el que se ha convertido el lenguaje eclesiástico no sólo para los de fuera sino para los mismos fieles.

Me parece excesivo hablar de "Evangelio del matrimonio y la familia", expresión que aparece casi veinte veces en el documento. A mi me parece que el mensaje y la práctica de Jesús de Nazaret no da para tanto. O da para más o para cosas diferentes de las que se dicen en el documento. Los textos de la Iglesia sobre la familia siempre hablan de cosas sublimes. La familia forma parte de esa constelación de realidades humanas "cuasi-sagradas" e intocables. Y, sin embargo, Jesús de Nazaret, el fundador del cristianismo, "tocó" a la institución familiar. En una palabra: la relativizó. La experiencia religiosa del Profeta galileo creó una "cierta impotencia" para el matrimonio y la familia. Y ello resultó tan extraño y sorprendente que le acarrió la acusación de eunuco.

Más aún, su comportamiento resultó conflictivo para su propia familia. Y en los evangelios podemos encontrar rastros históricos de esa conflictividad: sus parientes van a buscarle porque no está en sus cabales (Mc 3, 21. 33-35; Mt 12, 48-50; Lc 8, 21). Esta praxis relativizadora ha quedado reflejada en sus palabras sobre el carácter *secundario* de la institución familiar (Mt 10, 37), y sobre el *conflicto* que su venida genera en el seno de la misma (Mt 10, 34-36; Lc 12, 51-53).

Toda esta praxis sólo encuentra su explicación última desde aquello que constituye la *verdad* de Jesús: el reino de Dios y su justicia (Mt 6, 33). Todo "el capital afectivo" jesuánico está invertido en esa causa. Todo lo demás, absolutamente todo, se pospone y sirve a esa causa. En una palabra, para Jesús *la familia se encuentra al servicio del reino*.

Esta misma "hipoteca" grava la valoración cristiana de la familia, y cualquier consideración sobre ella ha de tenerla a la vista. Esta subordinación de la familia al servicio del reino exige que los cristianos en familia tengan prácticamente su corazón en la construcción del reino de Dios (= "su tesoro": la familia humana de los hijos de Dios). Desde esta opción radical elaborarán y jerarquizarán sus proyectos y estrategias de acción histórica. También los de la vida familiar. Pues saben que también ésta se construye en cristiano desde una "*situación célibe*", es decir, desde un modo de construir el reino que relativiza parcialmente la construcción de la familia, porque percibe las urgencias y prioridades de la construcción de la familia humana que es la de los hijos e hijas de Dios.

Comprenderás por mi comentario que no puedo compartir la afirmación de la excelencia de la virginidad o celibato "por el reino de los cielos" sobre el matrimonio. Ni las razones que se ofrecen: el vínculo que el celibato tiene con el Reino de Dios y el que exprese mejor el estado definitivo del hombre y la mujer que tendrá lugar en la resurrección de los muertos (nº 44). El primer argumento desconoce que el matrimonio cristiano también tiene lugar "por el Reino" y es una cuestión de obediencia al Señor Jesús. ¿Acaso los casados no son sus seguidores? ¿No es posible hablar de matrimonio y familia por fidelidad a la llamada de Jesús? El segundo argumento simplemente me parece que es resultado de una lectura fundamentalista de la Escritura.

Quisiera finalmente señalarte dos cosas que he echado en falta:

1ª Una consideración más profunda del matrimonio como sacramento. La entrega mutua de los esposos no solamente es expresión de la eterna Alianza de Cristo con la nueva humanidad, sino que además es lugar de encuentro en el Espíritu con el Dios, cuyo rostro humano fue Jesús de Nazaret.

2ª Me hubiera gustado encontrar en el documento un reconocimiento de valores humanos, aunque sean fragmentarios, en algunas de las situaciones familiares eclesialmente no admisibles. Por ejemplo, la fidelidad estable, la entrega mutua, la abnegación y el servicio, el cuidado y la ternura, la responsabilidad educativa, la generosidad con quienes son de otros, etcétera. Todos ellos tienen sabor de evangelio. En todos ellos se

puede percibir el aliento del Espíritu de Dios. *Decidnos centinelas, ¿qué veis en la noche?*

Y termino. Perdona este aterrizaje final casi en picado, pero las exigencias de edición de este número de la revista se me han echado encima.

Un abrazo.

APÉNDICE

HAY PALABRAS QUE MATAN

Manifiesto con motivo del
Directorio de Pastoral Familiar de la Iglesia en España
LXXXI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española
(21 de Noviembre 2003)

NOSOTRAS, como cristianas y ciudadanas pertenecientes a la *Asociación de Mujeres y Teología* de Madrid, una vez leído el *Directorio*, queremos que nuestra voz sea escuchada como voz de la Iglesia de la cual somos parte.

CON DOLOR, constatamos, una vez más, que el proceso de liberación y la conquista de autonomía de las mujeres es percibida con recelo, descalificación y como amenaza.

CON RABIA, leemos su interpretación sesgada y errónea sobre las causas del terrorismo de género. Estamos convencidas de que la revolución sexual forma parte de un proceso más amplio en la construcción de nuestra identidad y dignidad como mujeres, el terrorismo de género exige de forma urgente un análisis riguroso por su multiplicidad de causas, entre las que está la mentalidad machista, la prepotencia del hombre sobre la mujer y el miedo de tantos varones a perder su poder.

CON URGENCIA, les instamos a que, a través de sus palabras y acciones, empiecen por denunciar el terrorismo de género para estimular actitudes y pedagogías nuevas. Les sugerimos que cada vez que haya una víctima se haga denuncia explícita en las homilías de cada parroquia.

CON INDIGNACIÓN, comprobamos que hacen caso omiso de la experiencia de las mujeres, sus realidades cotidianas, sus reflexiones sistemáticas, el trabajo de los colectivos implicados y todo el esfuerzo de tantas mujeres y muchos varones que reconocen el feminismo como camino de liberación colectiva.

- CON TRISTEZA, consideramos que han usurpado la Buena Noticia del evangelio, han neutralizado su energía positiva, su osadía y su profetismo para convertirla en un conjunto de normas morales y directrices que pretenden ordenar las vidas ajenas y controlar las conciencias.
- CON PERPLEJIDAD, entendemos que sus palabras sobre la "excelencia" de la virginidad y el celibato como superiores al matrimonio son una lectura bíblica deficitaria y una observación ridícula e increíble en el siglo XXI.
- CON ESCÁNDALO, vemos la demonización que hacen de otras formas de relaciones humanas y de sexualidad (homosexualidad, parejas de hecho, situaciones de divorcio...) Cuando en el evangelio no hay ninguna alusión a la sexualidad y sí, sin embargo, de forma definitiva al amor.
- CON SENTIDO COMÚN, les recordamos que nadie tiene capacidad para hablar sobre tan amplio espectro de temas, máxime cuando, en su caso, los temas les resultan tan alejados por su condición de varones célibes, sin hijos a quienes educar ni compromisos familiares.
- CON PREOCUPACIÓN leemos su intención de que los conceptos y enfoques vertidos en el documento sean llevados a la escuela, lo que supondría afianzar el estilo de relación hombre-mujer que, ésa sí, tan amargos frutos ha producido y sigue hoy, de forma más evidente y cruel, produciendo.
- CON CLARIDAD, constatamos que continúa vigente la alianza secular de la jerarquía eclesiástica con el poder político-económico para conservar mutuamente sus privilegios. Ambos poderes parecen necesitar un modelo de mujer y de familia que no sólo es obsoleto sino pernicioso porque produce dominación y sometimiento.
- CON ESPERANZA, seguimos trabajando por una Iglesia enraizada en el Evangelio: abierta, inclusiva, misericordiosa, igualitaria, justa, profética, comprensiva y tierna, a la que estamos TOD@S invitad@s.

MUJERES Y TEOLOGÍA, 08-02-2004.
mujeresyt@latinmail.com